

LA PROPUESTA AUTORREFLEXIVA DE ANTEPARAISO*

Carmen Foxley

“¿No deberá un desplazamiento del ver hacia el querer restituir un papel al obstáculo, a la dificultad? Si un mundo luminoso es sin resistencia, y en ese sentido ideal, ¿no es un mundo arduo necesariamente más real, con una realidad para la cual existir es resistir?”

PAUL RICOEUR

El discurso de la acción

1. CONCEPTO DE TEXTO

La producción literaria chilena de los últimos años, aquella que ha renovado su trabajo de exploración del lenguaje, exige también una lectura renovada¹. Una lectura que privilegie no sólo el status lingüístico y retórico de los artificios de la superficie del texto, sino dé un lugar especial a los contenidos semánticos que provienen de la dimensión pragmática, es decir, de las relaciones de los interlocutores entre sí, con el mensaje y la referencia². Que enfatice los contextos de producción y recepción, en particular la actividad cooperativa del receptor, quien no sólo reconstruye el mensaje a partir de la estrategia textual de la obra sino la completa, la abre, y participa del juego social y cultural que instituye el lenguaje del texto. El carácter de juego que postulo para el texto supone que el lenguaje se intercambia como un convenio comunicativo regido por reglas convencionales, y que éstas inscriben en sí la potencialidad significativa del texto y las condiciones para jugarlo. Que las condiciones contextuales del juego literario son instituidas por el trabajo del habla y de la escritura, pero pueden ser decodificadas porque pertenecen a la competencia discursiva de, por lo menos, un sector de lectores contemporáneos. El texto es concebido como un

*Esta monografía forma parte del Proyecto de Investigación H 1734/8312, D.D.I., Universidad de Chile.

¹Raúl Zurita, “Literatura, lenguaje y Sociedad”, Ceneca, 1983.

²Siegfried Schmidt, *Teoría del texto*, Madrid, Cátedra, 1978.

espacio que genera la actividad de recepción y producción, y en el que todas las transformaciones de la convención son posibles. Y no como expresión individual, sino como una forma de comportamiento social y cultural ya que sus operaciones son modos de acción insertos en un contexto sociocultural. Concibo el texto como un espacio que depende de su situación, la que es actualizada por la actividad de inferencia del receptor. Este decodifica el sentido implícito en las reglas situacionales comunicativas que fundan los actos ilocucionarios³. Pero a menudo, la actividad de recepción identifica las frases como parte de un discurso más amplio colocado fuera de su encadenamiento, generando así los actos presuposicionales⁴, de tal manera que su sentido condiciona y posibilita también el desarrollo comunicativo.

Por otra parte, si voy a estudiar los condicionamientos semánticos y pragmáticos del texto, debo dar mucha importancia a lo *no dicho*, porque "el texto está plagado de espacios en blanco, de intersticios que hay que llenar"⁵, y si la producción depende de determinadas huellas textuales, "también involucra el universo que está detrás del texto, detrás del destinatario y... ante el texto, ante el proceso de cooperación"⁶.

2. LOS CONTEXTOS DE LO NO DICHO

Analizo algunos actos ilocucionarios intencionales que se generan en el acto de enunciación o están implícitos en alguna de las operaciones escriturales del discurso. Estos actos se despliegan por el hecho de decir lo que se dice y no por lo dicho, y se presentan como un espacio que hay que llenar desde la recepción, como un contexto opaco que sustenta e implica desde sí el sentido no dicho.

La primera indicación ilocucionaria es al agente de la producción discursiva. Hay que destacar que el señalamiento reflexivo a un centro de responsabilidad, no instituye al emisor de esta obra en un agente individual y privado, sino en un agente social, porque su proyecto intencional está centrado en la recepción extratextual más que en la

³John Searle, *Actos de Habla*, Madrid, Cátedra, 1980 y reseña, *R. Chilena de Literatura*, N. 19, 1982.

⁴Oswald Ducrot, *Dire et ne pas dire*, Paris, Hermann, 1972 y Anagrama, Barcelona, 1982. "La mayoría de las frases se dan como partes integrantes de un discurso más amplio, como continuando el intercambio de palabras que le precede (son entonces respuestas, objeciones, confirmaciones) o bien apelando a un debate ulterior, solicitando ser completadas, confirmadas o compensadas". p. 80.

⁵Umberto Eco, *El lector in fabula*, Barcelona, Lumen, 1981, p. 76.

⁶Umberto Eco, op. cit. p. 95.

ficción de producción interna al texto. Desde luego, autor implícito⁷ y narrador se confunden en la superficie del texto, y sólo son identificables por inferencia, y como un sólo sujeto pero de identidad múltiple, después que se reconstruye la propuesta poética no dicha.

La fuerza ilocucionaria de la proposición señala qué acto constituye al emisor en agente, en soporte activo y energético de una propuesta intencional que condiciona y modifica lo dicho y las modalidades de la recepción⁸. La acción intencional tiene en cuenta “el objeto o propósito del acto, las posiciones relativas del hablante y del oyente, diferentes actitudes expresadas y el modo cómo la emisión se relaciona con el resto de la conversación”⁹. Desde estos factores se generan las reglas convencionales de las que se puede implicar el sentido de la acción. Relaciono además esas acciones con los contextos presuposicionales, ya que “el hablante comunica al oyente más de lo que actualmente dice. Cuenta con un mutuo bagaje de información lingüística y también con el poder de racionalidad e inferencia de parte del oyente”¹⁰. Me interesan más las presuposiciones pragmáticas que las semánticas, y con ellas “no el contenido semántico del enunciado, sino el hecho que el enunciado haya podido ser el objeto de un acto de enunciación”¹¹.

Otro contexto situacional que condiciona la producción es el de las operaciones del enunciado y las que funcionan entre textos, las que en un ademán autorreflexivo inscriben lo no dicho.

No incluyo en este trabajo los contextos intertextuales por falta de

⁷Llamo autor implícito al emisor de los textos complementarios, dedicatorias y notas. Entre ellos también la Vida Nueva. Hay otra instancia aun más externa y es la indicación de la dedicatoria a los coautores de la edición. Estas indicaciones al extratexto abren la imagen del texto cerrado e incorporan desde allí la vida y la sociedad. Para concepto de textos complementarios ver, Iván Carrasco, “Dos discursos complementarios, las dedicatorias y las notas”, *Estudios Filológicos*, 14, 1979 y “Los títulos del texto poético” en *Estudios Filológicos*, 19, 1984.

⁸John Searle, op. cit. p. 39 “En castellano los dispositivos indicadores de fuerza ilocucionaria incluyen al menos: el orden de las palabras, el énfasis, la curva de entonación, la puntuación, el modo del verbo, los denominados verbos realizativos. “Agregar la propuesta de E. Benveniste sobre el aparato formal de la enunciación y todos los mecanismos señalados por Francois Récanati en *La Transparencia y la Enunciación*, Bs. Aires Librería Hachette, 1981.

⁹John Searle, op. cit. pp. 77-78. Cambié “diferentes estados psicológicos expresados” por actitudes, porque queda suficientemente claro en la postura de Searle, que el referirse a lo psicológico no piensa en estados mentales sino en actitudes puestas de manifiesto en el juego social que es el lenguaje.

¹⁰Searle, John, “Indirect Speech acts” en *Expression and Meaning*, Cambridge, University Press, 1979, p. 32.

¹¹Oswald Ducrot, op. cit. p. 84.

espacio. Entre ellos habría que destacar las relaciones con **Purgatorio**, por lo menos, pero desde luego que sus operaciones son sumamente pertinentes para completar el análisis de lo no dicho.

3. CONCEPTO DE AUTORREFLEXIVIDAD

Trabajo los mecanismos de la autorreflexividad a modo de prospección que permita avanzar en el estudio de un rasgo hipotéticamente pertinente de la poesía chilena contemporánea. La autorreflexividad es una carga significativa del discurso a la que no estamos habituados a responder debido a antiguos condicionamientos culturales de orientación representacionista. Y aunque los filósofos clásicos mencionan la dualidad representativa y formal del signo, para ellos sus cargas semánticas no son coexistentes. Los filósofos posteriores privilegiaron la dimensión representativa desconociendo el potencial significativo del gesto formal¹². Pero la autorreflexividad implica que el lenguaje indique al lenguaje, se señale a sí mismo, y en este ademán se torne opaco, dejando operar la transparencia representativa y no impidiendo la directa designación de lo representado. Con los filósofos de Oxford se revalora la opacidad reflexiva, y toda la significación que proviene de la utilización que los hablantes hacen de las expresiones. Porque “por medio de su sentido las palabras remiten a lo que ellas representan, y su sentido no desaparece delante de lo que mediante ellas se representa... y dado que al utilizar una expresión referencial se expresa su sentido, se puede atraer la atención sobre él subrayándolo, o aún hacer referencia a él en el propio enunciado en el que se emplea la expresión... no podemos acceder a lo que una expresión referencial representa, si no tomamos en consideración lo que esa expresión es en sí misma en tanto acontecimiento material temporalmente determinado... es el sentido de la expresión el que en tanto modo de representación de su referencia reflexiona sobre la ocurrencia de la expresión de la que constituye el sentido, e invita al destinatario del enunciado a tomarla en consideración... y así, además del contenido representativo, el sentido del enunciado está constituido por las indicaciones que, reflexivamente, conciernen el hecho de su enunciación”¹³.

¹²Francois Récanati, op. cit. y del mismo autor, ¿Qué es un acto locucionario? Communications 32, Paris, Seuil, 1980 (Traducción mía). Y tesis de licenciatura de Cecilia Guerris, colaboradora del Proyecto de Investigación. “Sistematización crítica de los fundamentos de una teoría del texto”, U. de Chile, 1983. Patrocinante. C. Foxley. Y mi reseña en *Revista Chilena de Literatura* N. 22, 1983.

¹³Francoise Récanati, op. cit. p. 74. Pienso que el concepto de autorreflexividad como modo de indicación significativa puede extenderse a las operaciones formales de autose-

En *Anteparaíso* la autorreflexividad es una forma de acción ilocucionaria, y como tal es el gesto de poner en movimiento un sistema signifiante. Es un modo de exhibición formal autosustentada que la hace objeto de contemplación estética, y que implica una verificación en sí misma, no sólo para mostrar la autoconciencia del lenguaje como tal, sino como una propuesta que reformula el uso del lenguaje literario y de ahí de otros contextos semánticos de la sociedad, al presuponerlos y cuestionarlos como marco de coherencia textual.

4. LA PRODUCCION TEXTUAL DE ANTEPARAISO

Teniendo estas consideraciones teóricas como base, paso a ocuparme de la obra de Raúl Zurita. *Anteparaíso* es un texto fundamentalmente descriptivo que despliega una imagen de los retazos del espacio físico chileno privilegiados por la memoria colectiva. Esa imagen del espacio es retomada y problematizada en su naturalidad y transparencia. La imagen que entrega el texto se hace y se deshace, se concreta y se difumina, se condensa y se dispersa en fragmentos. Lo más interesante es que la imagen representa no un estado de cosas efectivo del mundo sino describe también un estado posible del mundo, una situación condicional, previsible o un no estado de cosas efectivo. Describe un espacio físico que es probable que haya sido, esté siendo, que fuera o pudiera haber sido, o que será. En fin, la imagen adopta todas las facetas imaginables, las que a pesar de su inestabilidad concretan una imagen borrosa pero verosímil del universo representado. Se mencionan también las cualidades y acciones de las gentes del lugar, quienes son o no, están o no, actúan y se manifiestan o no, por presencia o por su notable ausencia de esos lugares. El mundo descrito es inestable, fluctuante, provisorio, hipotético e indeterminado, y sin embargo se construye, se despliega y se instaura en el lenguaje que lo nombra.

Teniendo en cuenta mi interés del momento por la obra, lo más significativo para mí es cómo presenta el emisor ese mundo, cómo se las arregla para hacérselo compartir, y cuál es su proposición al respecto, a pesar de lo ubicua e inestable que es su presencia¹⁴. La

ñalamiento de las figuras retóricas, y a las operaciones autorreflexivas generadas por la red de relaciones de equivalencia, tal como lo señalara Jakobson. Siempre que se distinga bien en qué nivel está operando y cual es su función.

¹⁴Autor implícito, narrador y personaje se confunden en las marcas lingüísticas no así en la acción ilocucionaria que por su semejanza le otorgan una unidad colectiva que se visualiza sólo desde la totalidad de la obra. Incluido Purgatorio. Esto rompe el patrón tradicional que tiende a distinguirse por sus diferencias.

posición del agente, la índole de su propuesta y las motivaciones de su acción enunciativa o escritural y de la organización del texto, son fundamentales para la aprehensión de toda la carga semántica del universo signifiante de la obra. Hay que estar consciente, por lo demás, que el trabajo que realiza Zurita no se funda en una concepción del discurso como una posibilidad que tiene el emisor de transmitir una información, o realizar un ejercicio de expresión personal que una vez desplegado le permitirían explicitarse y conocerse. Pienso que Zurita concibe el contenido subjetivo del acto de producción como un emplazamiento marginal desde el que se regula la perspectiva que condiciona la imagen de lo representado, y en el que se compromete el sujeto de la producción. Por otra parte, no considera el lenguaje como un espacio natural y de encuentro propicio de los interlocutores. No es el lugar donde se despliega la reciprocidad, sino donde el agente propone un rol para sí y para el destinatario, y fija el marco semántico desde el que conseguirá la coherencia del discurso, el que actúa como un poder impositivo sobre el receptor, y hace arduo y difícil el uso del lenguaje. Y para colmo, en *Anteparaíso* el acto de enunciación es apenas una huella casi imperceptible en medio del atiborramiento descriptivo, es una presencia huidiza, leve y fragmentada en acciones intencionales que hay que inferir del modo cómo actúa el emisor al decir algo sobre las cosas, y casi nunca, al decir algo sobre sí mismo. El emisor proyecta una imagen de recluimiento y autoconfinamiento, y ocupa ese espacio desde varias actitudes discursivas que muestran en sí el modo de acción que compromete al que habla o escribe frente a sí mismo, instaurando en ese compromiso toda una teoría, o si se quiere, una lógica de la acción que cohesiona y da coherencia al acto de producción del texto, al mismo tiempo que modula la imagen de lo representado, la que aparece no como lo que está ahí en toda transparencia y objetividad, sino como una imagen transformada por el foco de la experiencia vivida y pensada del sujeto. La realidad del mundo se transforma en una proyección de la actitud del sujeto y de su propuesta existencial e imaginativa.

El lenguaje es para Zurita un espacio problemático que él se niega a ocupar inocentemente pero, que en su sistema de reglas institucionales le es posible, a pesar de todo, experimentar un comportamiento enunciativo.

Anticipo a continuación algunos puntos del emplazamiento del emisor en la producción del texto. Lo primero que llama la atención es que el emisor se sitúa como el que responde al discurso de otro, posición que coincide con la del personaje de la historia y con la del emisor de los

textos complementarios, a quienes alguien siempre “le dijo” algo que los motivó a la acción. La posición intersubjetiva del emisor es la del que habiendo sido interpelado, hace ahora uso del lenguaje como respuesta que lo compromete. Si afirma o niega algo lo hace a modo de respuesta, si interpela a su vez, o conjetura, lo hace a modo de respuesta, y el que habla en el texto es el que responde al discurso no dicho del otro. Ese ya es un rasgo especial de este lenguaje. Otro rasgo más tradicional es adoptar la posición del testigo participante de los hechos recordados. Pero aquí el discurso da testimonio de una experiencia subjetiva, existencial e imaginativa, y no de hechos fácticos. Esa experiencia no sólo modula lo representado sino transforma al sujeto, quien evoluciona en el proceso de narrar desde la mera convicción o creencia, al querer hacer o decisión, y de ahí al poder hacer o acción concreta, como actitudes y respuestas activas al otro, y al estado de cosas del mundo. Otra posición clave del emisor es la del anunciante que se hace cargo del aviso del personaje de la historia sobre un estado de cosas futuro. Al hacer suyo ese anuncio, instauro el gesto de fundar y autenticar su acción discursiva desde ese ademán prospectivo, ser testigo y anunciante de “iluminaciones” o vivencias personales, históricamente situadas¹⁵. Otros puntos de ese emplazamiento de la producción son: ser el que responde a las interpelaciones ajenas negándolas, o resistiéndose a ellas, deliberando para abrir alternativas, interpelando a su vez a los otros para estimular su respuesta activa, o conjeturar posibilidades para las gentes del lugar, o argumentar explicaciones causales y razonadas de lo sucedido, en un gesto fundacional efectivo a nivel de la ocurrencia del discurso, pero que pone de manifiesto su ineficiencia a nivel del proceso total siempre inconcluso, arduo y problemático.

5. EL GESTO TESTIMONIAL

Una de las posiciones del emisor de *Anteparaíso* es la de testigo y personaje de la historia contada. Esa modalidad de participación autoriza al emisor a adoptar una actitud de compromiso con la historia contada. El emisor testigo es el agente energético que, saliendo de su pasividad se transforma en propiciador y soporte de todo un proceso de autoconciencia de las actitudes implícitas que sustentan su propia acción reflexiva, y la del personaje de la historia contada. El discurso del emisor evoca hoy, en su pensamiento e imaginación, las experien-

¹⁵La Vida Nueva aparece explícitamente fechada en Nueva York, junio, 1982, fecha de la escritura en el cielo que se dirige a los chicanos, grupo marginal de la sociedad norteamericana.

cias que fundaron en la historia el movimiento inicial de la sobrevivencia en medio de la noche y la tormenta.

Desde la perspectiva del juego social significativo que es el texto¹⁶, estas afirmaciones implican que la situación de aserción consiste en que el emisor hace como si tuviera razones fundadas para sostener lo que afirma, que no es obvio que el destinatario lo sepa y eso ya justifica su discurso. El emisor sostiene que cree lo que dice, porque dentro de la convención comunicativa no se habla para afirmar lo que no se cree. El acto cuenta como la asunción de que lo afirmado representa un estado de cosas del mundo, pero que al hacerlo, el emisor no trata de argumentar ni convencer, sino sólo pone en evidencia, en tono neutro, aquello que recuerda de su experiencia de personaje. Todo esto y más aun se puede inferir de un simple juicio asertivo, si lo consideramos parte del juego convencional comunicativo. El que narra se autoseñala como responsable de ese acto, y se arroga el derecho a enunciarlo. Con ello se compromete con su acción, la toma a su cargo y se autodefine en ella. Pero, ¿qué es lo que concretamente afirma de sí mismo en el texto?, “me pareció que la luz nuevamente/iluminaba mis apagados ojos”, “de pronto me pareció que la tempestad, la noche y yo éramos sólo uno/y que sobreviviríamos”¹⁷. Es decir, que al iniciar su experiencia de sobrevivencia como personaje, creyó relativamente en el estado de cosas del mundo, pero que aunque la experiencia duró un solo instante, “eso bastó”, dice el emisor a modo de observación que lo compromete y lo hace tomar partido y enfatizar lo vivido. Pero, lo que era experiencia teórica de pura convicción en los textos enmarcadores recién citados, y también en la “La Vida Nueva” donde se hacen una serie de aserciones teóricas, se transforma en experiencia práctica y visual de los hechos en los textos centrales de “Las Utopías” y “Cordilleras”: yo lo vi soltando los remos —yo lo vi soltando los remos acurrucarse— vi a Miguel Angel —se vio besándose a sí mismo¹⁸. Pero, el gesto testimonial se explicita y completa con las afirmaciones de “Pastoral” y “Esplendor en el Viento”. Allí la actitud cognoscitiva del emisor y su saber fundan la autoridad que sostiene las acciones enunciativas, y la descripción de un estado de cosas futuro. De modo que si el discurso de las primeras secciones centrales de la obra era eminentemente presentativo y neutro, se vuelve prospectivo y predictivo desde el saber de las secciones finales, y funda en esta actitud el gesto “comportativo y

¹⁶John Searle, op. cit. *Actos de Habla*, cfr. pp. 46-47.

¹⁷Raúl Zurita, *Anteparaíso*, Editores Asociados, Santiago de Chile, 1982, p. 23 y 43.

¹⁸Raúl Zurita, *Anteparaíso*, op. cit. pp. 30, 35, 76 y 85.

compromisorio”¹⁹ que define al emisor: yo sé que algún día Chile entero se levantará —yo sé que tú vives y que tocada de luz/ ya no entrará más en ti ni el asesino ni el tirano —yo sé que viven los valles —yo sé que escucharé la tierra”²⁰.

Por otra parte, los determinativos son otras operaciones discursivas que señalan e implican al emisor como testigo al margen de la escena, subrayándola y haciéndola notar: ese era el resplandor —ese era el relumbrar— esas eran las playas— esas son las cumbres ese es el frío²¹. Hay también las esporádicas incursiones coloquiales del narrador testigo quién marca su presencia con una aparición retenida y que suena fuera de contexto en un entorno tan impersonal pero subraya la situación marginal del emisor y la carga intencional contenida y no explicitada: Esto, claro-bueno, y allí —ay sí— sí vidita, te digo vidita sí —sí cielito, sí si tú me amas²². El epíteto denominativo es una forma muy característica de este texto que muestra en sí la modalidad de la relación del emisor con el objeto representado. Fuera de instaurarlo como objeto al nombrarlo, lo cualifica e inscribe allí su visión. La acción de nombrar²³ se constituye en gesto testimonial del sujeto y del mundo al mismo tiempo. Pero, hay una particularidad más que define el status formal de esos epítetos denominativos y es que hacen el gesto mudo de señalar al referente explícito del texto. Con ello el discurso hace un gesto autorreflexivo sintagmático que señala no sólo al sujeto que nombra, sino al propio contexto del epíteto. Este gesto doblemente autorreflexivo implica fundar una realidad desde el margen de la enunciación en este texto y autosustentarla en el interior del discurso y al margen de la realidad del mundo: “A Diamela Eltit: *las palabras/ que me faltan la embanderada/ el hambre de mi corazón —las playas de Chile esas lloradas— esas llanuras... la reverdecida - la revivida - la enverdecida - se*

¹⁹John L. Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*, compilado por J.O. Urmson, Bs. Aires, Paidós, 1982 (1962). Los actos comportativos incluyen la idea de reacción ante la conducta de los demás, y los compromisos comprometen al que habla en cierta línea de acción. Ver Conferencia XII.

²⁰Raúl Zurita, *Anteparáiso*, 100, 120, 126 y 157.

²¹Ibid, pp. 25, 33 y 81.

²²Ibid, pp. 33, 81, 113, 121 y 154.

²³Paul Ricoeur, *El discurso de la acción*, Madrid, Cátedra, 1981 (1977), p. 110 “Denominar es un acto porque el esfuerzo de encontrar un nombre es ya un acto”. Respecto al concepto de acción tratado por los filósofos, comentados como antecedentes de este libro, fuera de los filósofos del lenguaje de Oxford, John Searle y John Austin, ver la *Filosofía de la Acción*, Alan P. White, Breviario FCE., 1976 (1968).

llamará... *Purgatorio* - y a mi ...me llamó... *su siervo más torvo —el que niega— el Miguel Angel de sus desiertos - su embelesada*²⁴.

¿Qué es entonces lo que *hace* el lenguaje al testimoniar? Pone en evidencia la reflexión frente a la propia experiencia de vida y su base de sustentación fundada en el discurso y en la actitud implícita de creer, en el ver y el saber, de un sujeto al margen del mundo del que paradójicamente da un testimonio comprometido.

6. EL GESTO DE REFUTAR O DESMENTIR

Refutar es el efecto presuposicional que generan las maniobras denegatorias y de autoseñalamiento interno del texto. Estas exhiben en su trabajo textual el sentido de negar, contradecir o anular lo que se ha dicho en otra parte del texto o en el contexto extratextual presupuesto. Las afirmaciones del agente, al rectificarse a menudo, corregirse o desmentirse, se hacen poco confiables, provisionales y hasta indecibles en la recepción. Sólo permanecen en pie algunas pistas, huellas de las convicciones del narrador sobre el estado de cosas del mundo. Lo que lo hace reconocible en su ocultamiento es, por un lado, su gesto de intervenir el propio texto lo que implica que el emisor hace y actúa, y al hacerlo interviene en el curso de las cosas²⁵. Lo otro es su gesto de *intervenir* el extratexto presuposicional al realizar el acto de negarlo desde el texto.

Una de las operaciones denegatorias más características es la doble negación de las proposiciones adversativas. En éstas se coordina una afirmación negativa denegada a su vez por la proposición adversativa: “no eran las playas que encontraron sino sus propias llagas”. Este tipo de proposición es particularmente característica del lenguaje de “Las Utopías” y de “Cordilleras”, aunque en las secciones finales del libro son escasas porque los textos se vuelven predominantemente autoafirmativos de las visiones utópicas del emisor. Con las proposiciones adversativas el emisor responde a un discurso extratextual, el que es presupuesto como marco que fija la coherencia del texto. El emisor responde refutando al presupuesto extratextual que en toda comuni-

²⁴Raúl Zurita, *Anteparaíso*, pp. 11, 33, 38, 111, 113, 115, 149 y 156, y Consultar para el recuento completo de esas operaciones las tesis de Marcela Aranda y de Josefina Muñoz de la nota 37.

²⁵Paul Ricoeur, *op. cit.*, p. 131. Intervenir: “hay un punto en que explicar y comprender coinciden, y es en la experiencia viva de la acción. Este punto es aquel en que intervenimos en el curso de las cosas realizando nuestros propios poderes, que son lo que podemos y lo que sabemos hacer”.

cación deben compartir los interlocutores para entenderse. En el lenguaje ordinario el emisor tiene el poder de instaurar e imponer ese marco de coherencia. En este texto es el emisor mismo el que no lo respeta al negarlo. Con ello problematiza la coherencia de lo afirmado, y agrade al interlocutor, ya que al no seguir los términos supuestamente aceptados por él, transforma el discurso en querrela, o por lo menos en polémica o discusión sobre el estado de cosas del mundo²⁶. El otro se transforma así en el adversario que piensa diferente sobre las cosas, y el discurso del emisor ocupa con ello un lugar excéntrico o marginal respecto al discurso del otro a quien contradice.

El tenor de lo refutado en “Las Utopías” es el siguiente: no eran esas las costas - no eran esas las playas - no encontró un sólo justo - no hubo playas - no fueron las playas - no hubo colores - no quedasen vidas - esta patria no fuese - estos paisajes no fueron - el cielo no pudo ser... sino... el volcarse - sino las sombras - el azul - un jirón - acaso el relumbrar - el derramarse - sólo el vacío - un camino - los evanescentes paisajes chilenos —sino ellos mismos. Lo que se discute implícitamente y se refuta es, que no son, no fueron, no pudiesen ser o no hubo, esos espacios o gentes mencionados, sino sólo los restos o los efectos evanescentes que de ellos quedaron. Y esta es la visión implícita propuesta como alternativa a aquella proposición extratextual presupuesta y denegada.

Pero, hay otras modalidades para negar. Referirse por ejemplo a que “nadie encontró”, o que “nunca fue”. Si nos fijamos ahora en “Cordilleras”, el ámbito de lo desmentido es que, no se alzan-nadie es-jamás se hubiera quedado - no creyeron - no son-nunca hubiera sido, etc. Como se ve, aquí no se presentan alternativas al desmentido. Simplemente se pone en evidencia la no existencia, la no permanencia de esas gentes y espacios referidas. El gesto del lenguaje anula los presupuestos del adversario desmintiéndolos, y deja el gran vacío de un estado de cosas sin alternativas. Pero, ahí están las cordilleras, huecas como cuencas vacías, invertidas y alejándose. En “Pastoral” se repite en menor grado la situación de “Las Utopías”. Se niega la existencia de las gentes - los campos - las llanuras - los valles, y como alternativa sólo quedan restos o efectos de la destrucción, los caídos - un cielo arrasado - un clamor - un vocear - un color de rostro humano. Y para hacer aun más explícita la negación, en varios puntos del texto se dice, es mentira - no es cierto²⁷. En “Esplendor en el viento” se niega

²⁶Oswald Ducrot, *op. cit.* p. 22.

²⁷Raúl Zurita, *Anteparáiso*, p. 65.

por medio de ademanes entre los textos. Y así, por ejemplo, el emisor mismo niega la escena utópica de alegría generalizada que acaba de describir en la página anterior. "Pero no, arrojados sobre la hierba todavía / parecían estremecerse"²⁸.

Otra operación importante es la que realizan los textos enmarcadores o marginales en relación a los textos centrales de cada sección de *Anteparaíso*. Su análisis me llevaría mucho tiempo, pero menciono a modo de ilustración la refutación inscrita en los mecanismos textuales del "Epílogo" de "Pastoral": "Sé que todo esto no fue más que un sueño". Niega el reverdecimiento y renacer posibles de esos valles y llanuras quemados y descritos en el fragmento central de esa sección, y con ello sitúa como provisorio cualquier intento de descripción. Y en el epílogo final de *Anteparaíso*, Diamela Eltit, antes destinataria y ahora emisora de un texto complementario, señala la imposibilidad de esa "voladura" de los últimos textos: "Me dijo entonces llorando que el comienzo del Paraíso ya no iría". Así, desde el margen, los textos enmarcadores y los complementarios se las arreglan para negar con un ademán intratextual los textos centrales.

Para resumir nos preguntamos, ¿qué es lo que *hace* entonces el lenguaje al desmentir? Intervenir los presupuestos extratextuales, poner en evidencia la acción voluntaria de negar del sujeto, y presentar alternativas a las visiones unidimensionales aludidas por la presuposición textual.

7. EL GESTO DELIBERATIVO

El acto teórico de creer es paralelo al acto práctico de querer o decidir²⁹. Querer es creer que se puede hacer y que, el que hará es el mismo sujeto que cree. El compromiso con la acción es el contenido esencial del acto, y su situación es la de la incertidumbre, la dificultad o lo aleatorio de su realización, pero la acción es realizable gracias al acto de voluntad y a la decisión.

Hemos visto ya que el emisor de *Anteparaíso* evoluciona desde la creencia en un estado de cosas hasta el acto voluntario de negarlo. Ahora bien, pienso que desde una perspectiva pragmática, el acto de

²⁸Ibid, p. 145, 159. El texto central termina con una advertencia que es otra negación condicional que resitúa al emisor en el lugar marginal de autoconfinamiento doloroso y difícil de compartir, y al texto en su condición de opacidad e indeterminación. "Pero escucha si tu no provienes de un barrio pobre de Santiago es difícil que me entiendas tu no sabrías nada de la vida que llevamos".

²⁹Paul Ricoeur, op. cit., p. 92. Trata el problema de la volición.

conjeturar deliberando implica una voluntad de hacer del sujeto. Lo único que puede limitar la decisión es que sea o no practicable. Y lo paradójal de las acciones de este texto es que si bien se instituyen, aunque provisoriamente, en el discurso al enunciarlas, no es posible fundarlas en la realidad del mundo, y en esa presupuesta impracticabilidad radica la paradoja pragmática.

Para mencionar las más comunes de entre las proposiciones de efecto deliberativo, están las proposiciones subjuntivas, las que presentan lo que creemos o deseamos que sea practicable, están también las proposiciones potenciales, las que presentan la posibilidad de una acción futura. Las proposiciones condicionales, las que plantean las suposiciones que justifican la hipotética realización de una acción. Hasta llegar a las proposiciones futuras, las que afirman la realización de una acción en un tiempo posterior al presente. El emisor prefigura su realización o promete su cumplimiento.

En “Las Utopías” y “Cordilleras” se describe prospectivamente la mera posibilidad de las acciones: Seríamos entonces —podrían haber sido entonces— será entonces —todos veremos³⁰. En “Pastoral” el discurso eleva el tono de exaltación producida por la íntima convicción y la voluntad de cambio, y el emisor explota en suposiciones, conjeturas y anuncios: y entonces... escucharemos el estridente sollozar —nunca tocarían los valles— cuando entonces hasta las piedras se compadezcan —y volveré a buscarte— aunque no sobrevivirían —allí tal vez verían, revivirían para que empiece a oírse... para que... se les vea venir³¹. Estas proposiciones anunciativas implican un contenido ilocucionario que consiste en que, a pesar de que no es obvio que el acontecimiento ocurra, el emisor quiere anunciarlo al destinatario porque es de su interés conocerlo. En las proposiciones subjuntivas el emisor no tiene la información que le permita saber si la acción es o no practicable, pero se la representa imaginativamente dándole un carácter de hipótesis, y con ello una consistencia que la hace aceptable.

Desde el punto de vista de su función pragmática, deducimos que el hecho de deliberar conjeturando implica la acción de presentar alternativas para la practicabilidad de la voluntad del agente y de su acción discursiva y descriptiva, implica presentar diversas posibilidades que permitirían el desarrollo del discurso, y la búsqueda de una coherencia. “Deliberar es un proceso de pensamiento activo, intencional, dirigido a una intención de actuar en circunstancias tales, que más de una acción

³⁰Raúl Zurita, op. cit., p. 29, 41, 41, 41.

³¹Ibid., 97, 98, 100, 104, 106, 112, 113 y 115.

es posible o creída posible para el que delibera"³², y que hay varias cosas en mi poder entre las que puedo elegir. Decir yo puedo es decir "yo creo que no hay condiciones antecedentes que hagan imposible que yo ejecute un acto distinto al que he elegido"³³. Podemos inferir que el acto de deliberar es parte de un proyecto voluntario que compromete socialmente al emisor en un querer hacer, y que al hacerlo no impone, sino presenta en tono neutro esas alternativas³⁴. Y por lo demás, el gesto deliberativo se acentúa con la abundante presencia de conjuntivos causales, por eso —porque, que inscriben en el discurso la intención de la búsqueda de causas y consecuencias de los hechos, junto con enunciar alternativas que justifiquen o expliquen provisoria y razonablemente lo descrito. Eso es lo que *hace* el discurso deliberativo, y por supuesto exhibe la voluntad de contribuir con este gesto a la reflexión, puesto que en su base presupone un discurso no deliberante al que se presenta como alternativa en este texto.

8. EL GESTO EXHORTATIVO

El efecto pragmático de las apelaciones, órdenes y desafíos encantatorios —estos últimos destinados a operar la realización de acciones por el solo hecho de nombrarlas—, despliega una acción discursiva eminentemente exhortativa. Para inferir el carácter exhortativo del discurso hay que llenar un blanco presuposicional que consiste en la supuesta pasividad o inacción de aquellos a quienes el discurso apela. De ello se infiere que el emisor intenta motivarlos a la acción desde el lugar de autoconfinamiento y recluimiento que ocupa en el texto, lo que resulta en la recepción una paradoja bastante conmovedora pero fútil, e inconducente si se tiene en cuenta la practicabilidad de la acción: Miren las playas de Chile— véanlas —aprended de las invertidas cordilleras—

³²Paul Ricoeur, op. cit. p. 111.

³³Ibid., p. 111.

³⁴Hay otra operación en el texto que es muy ilustrativa del proyecto voluntario y deliberativo, y consiste en colocar en contigüidad sintagmática un nombre, un cualificativo y otro nombre, creando en la sucesión una bifurcación o polarización de los sujetos humanos o naturales, a los que se le atribuye la misma cualidad o acción que los iguala, de modo que en la operación combinatoria queda inscrita la dispersión semántica, en tanto que a nivel de la recepción, se produce la condensación integradora de los sujetos referidos. Los blancos de la página que separan a los nombres de sus cualificaciones, contribuyen en la recepción, a confundir el lugar jerárquico que las partes ocupan en la sucesión, pero, una lectura asociativa, una lectura que avanza y retrocede permite captar la bivalencia o alternativa del sentido de la proposición: sólo pastos miraron los abandonados hijos de Chile —pidiendo sus almas se volvían a arrancar pedazos de carne del pecho. p. 114 y 155.

lloren la locura del quemarse de estos pastos, despiértate tú, desmayada y dime que me quieres - despiértate y contempla cómo han reverdecido los pastos - despiértate y desata las cadenas que te tenían atada - ríanse a mandíbula batiente - que griten que se emborrachen que se vuelen de júbilo —Abrácense³⁵. Menciono de paso algunos desafíos encantatorios: que se me derritan los ojos en el rostro —que se crucen los milenios— que se derritan sus tanques y caigan a pedazos sus aviones —que canten y bailen y se rasgue el cielo³⁶.

Con estos actos se intenta, más o menos enfáticamente, que el destinatario o el personaje —a veces deliberadamente confundidos—, actúen, ya que apelar cuenta como un intento del emisor para que el otro actúe, intento que se despliega desde una situación en que el emisor quiere que lo haga y cree que el destinatario es capaz de hacerlo.

El acto de apelar en el contexto de *Anteparaíso*, y por oposición a los otros gestos ilocucionarios ya mencionados, significa pasar del *querer* al *poder hacer*, y con ello a la culminación de la propuesta intencional del texto. Deducimos a modo de conclusión provisoria, que el proceso ilocucionario de *Anteparaíso* se sustenta en una transformación progresiva de la actitud del emisor, o si se quiere, de estos gestos puestos de manifiesto, e imaginables tal vez como una propuesta de acción que podría enfatizarse como un silogismo que se verificaría y autosustentaría en sus propias premisas, las que exhiben lo que el discurso *hace* en el texto. Una actitud que se practica a riesgo de todas las incertidumbres y dificultades. Lo que el discurso *hace* es desplegar una propuesta de acción sustentada en la propia convicción y voluntad.

Quisiera mencionar por último los verbos reflexivos. Ellos fundan la acción de un sujeto que realiza y recibe la acción. Es una estructura que exhibe en su propio status formal la autorreflexividad, la que se refuerza por diversas estructuras determinativas redundantes. Constelan el texto verbos como: levantándose - esparciéndose - aguardándose - clamándose, etc.³⁷, reforzados por: se abrazó a sí mismo - sus propias llagas - como si ellas mismas - se vio besándose a sí mismo. Estas estructuras reflexivas explicitan en sí la propuesta poética intencional de *Anteparaíso*, que consiste en parte, en la visión imaginativa y discursiva de la posibilidad de autoengendramiento activo de sí mismo, gracias

³⁵Ibid., p. 26, 27, 77, 97, 106, 118, 159, 121 y 130.

³⁶Ibid., p. 106, 107 y 117.

³⁷Respecto a los verbos reflexivos consultar las tesis de Marcela Aranda. "Zurita y su *Anteparaíso*" y Josefina Muñoz, "Una proposición de lectura para *Anteparaíso*", Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación. Universidad de Chile, 1983. Patrocinante, Carmen Foxley.

a la propia convicción y voluntad de acción, y desde un lugar de autoconfinamiento y marginación. Y esto imaginado como un hecho efectivo, como un hecho posible o futuro. Una propuesta poética totalmente abierta, indeterminada o ¿indecidible tal vez?

CONCLUSION

Para retener en una imagen lo que significa la red posicional de gestos y acciones que permiten diseñar el lugar móvil, variable y provisorio que adopta el sujeto de la producción de *Anteparaíso*, la metáfora del emplazamiento espacial, por oposición a la de localización me parece adecuada. La red posicional de la presencia implícita del emisor en el texto, configura un emplazamiento espacial, marcado por posiciones diversas y provisorias que se yuxtaponen, oponen o implican unas a otras. Ahora bien, el espacio de la marginación del sujeto, el espacio del recluimiento y autoconfinamiento, se caracteriza por la alternancia de dos situaciones especialísimas, que contradicen la idea de lo que es una ubicación real. Esta se reconoce habitualmente, o por su función, ejemplo, espacio sagrado vs. espacio profano, o por su posición correlativa, espacio de adentro vs. espacio de afuera. El espacio de la marginación es una ubicación sin lugar real, como las utopías, en las que el sujeto actúa, pero su acción no es nada más que un gesto, una pura virtualidad. Sin embargo, la marginación tiene una faceta más en este texto, porque es una ubicación donde el sujeto se descubre a sí mismo ausente del lugar en que está de hecho, ausente de ese no lugar, de ese lugar utópico del acto de habla. Esta posición heterotópica, en términos de Michel Foucault³⁸, es una pura virtualidad nuevamente, pero en este caso porque hay que pasar por el retraimiento y la autorreflexividad para que el sujeto y el sentido del acto sean percibidos como tales. En el espacio heterotópico suelen ocurrir experiencias en las que el sujeto se margina de los espacios y tiempos reales, y eso le permite verse a sí mismo, y a la vez tener una dimensión lúcida de lo externo. Sin las utopías ni las heterotopías se perdería, por cierto, gran reserva de imaginación humana, dice Foucault.

Sin embargo, la autorreflexividad del discurso de *Anteparaíso* no es sólo un gesto de recluimiento, sino también la exhibición virtual de una

³⁸Michel Foucault, A.M.C. (Architecture, mouvement, continuité) Revue d'Architecture, Paris, France, Oct. 1984 (Conferencia de M.F. en Paris, 14 de marzo de 1967), "Des espaces autres". Entre los espacios heterotópicos de nuestra cultura, Foucault da como ejemplos las clínicas psiquiátricas, las prisiones, las casas de retiro espiritual, la escena del teatro que yuxtaponen una serie de espacios diferentes, los barcos, trenes, moteles, etc. El sujeto se margina y se ve a sí mismo, y más lúcidamente lo externo.

propuesta autosustentada, y un modo de mostrar como objeto de contemplación, las modalidades del propio compromiso en relación al estado de cosas del mundo. Del creer, al querer y al poder hacer no hay sino un paso, y ya sea latentes en el gesto, o explícitas en las formas discursivas, las acciones le dan consistencia al lugar virtual y marginal del sujeto, y a su obra concebida como la realización efectiva, a nivel de discurso y la imaginación, del proyecto de la voluntad. Lo importante es que el proyecto voluntario “descubre el mundo como campo de acción, con sus caminos y sus obstáculos, sus facilidades y sus dificultades. Lo arduo es una dimensión del mundo con el mismo derecho que lo percibido. Mundo como practicable o impracticable, y no simplemente como perceptible”³⁹. Y la acción cumplida es lo obrado por mi. En cuanto obra, el lenguaje, de *Anteparáiso* realiza, como si fueran efectivas, las acciones de testimoniar, refutar, desmentir, deliberar y exhortar a la acción. El discurso testimonial fundado en el creer, el ver y el saber es todavía neutral respecto del estado del mundo. El discurso deliberante si bien implica una posición neutral, abre la polémica, y con ella alternativas para la realidad. En cambio el discurso de la refutación, aunque mantiene su calidad polémica, exhibe un decidido gesto denegador que lo aleja de la neutralidad. El discurso exhortativo da un paso más en el camino del alejamiento de la neutralidad, ya que el discurso encantatorio tiene el poder de cambio efectivo a nivel de discurso, cosa que es reforzada por las incitaciones a la acción de las apelaciones textuales.

Me parece importante señalar que este texto, si bien se basa en el patrón convencional del discurso épico testimonial, tan propio nuestro desde *La Araucana*, desplaza la perspectiva que funda el modelo, hacia la *perspectiva volitiva*, dando más importancia a la intención voluntaria que a la observación visual de la realidad, más importancia a lo que se hace intencionalmente al decir, que a lo que se dice, a lo que se implica más que a lo que se explicita, a lo que se presupone más que a lo que se pone, a lo no dicho más que a lo dicho, colocándolos como base del discurso. Y así, el discurso eminentemente descriptivo se transforma en un discurso proyectivo⁴⁰, y con ello se crea una imagen representati-

³⁹Paul Ricoeur, op. cit., p. 148, “descubre el mundo como aquello que implica lo decidible, por tanto descubre lagunas donde hay algo que yo puedo hacer. El hacer-por-mi descubre el mundo como campo de acción, con sus caminos y sus obstáculos, sus facilidades y sus dificultades. Lo arduo es una dimensión del mundo con el mismo derecho que lo percibido. Mundo como practicable o impracticable, y no simplemente como perceptible”.

⁴⁰José Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte*, “El punto de vista en las artes”, “Cuando yo pienso en el cilindro estrictamente geométrico, mi pensamiento es un hecho

va que inscribe en sí, la intención subjetiva y las actitudes provisionarias del emisor y de los otros, e incorpora en ella la experiencia de vida, propuesta que compromete la voluntad del emisor, y su acción presente y futura imaginaria. Este proyecto intencional moldea la representación proyectiva de carácter estético, y es lo que humaniza —desde la actitud de resistencia— la imagen de un mundo deshecho y fragmentado. El sujeto pone de manifiesto una propuesta poética desde detrás de la mirada, como diría Ortega, desde la intencionalidad consciente o inconsciente, desde su voluntad y pensamiento activo, y así consigue el particularísimo modo de representación de la imagen de *Anteparaíso*.

Privilegiar la perspectiva volitiva, la decisión, sobre la perspectiva perceptiva, la observación, en la que se funda gran parte de la tradición artística que viene desde el Renacimiento, significa valorar una dimensión de lo real bastante dejada de lado por nuestra actual teoría del conocimiento, y tal vez significa renovar los patrones tradicionales de focalización de lo representado.

Centrar la actividad de la recepción en la inferencia, el razonamiento, y la capacidad asociativa del lector, más que en la competencia literal o metafórica, significa también una renovación de los hábitos de recepción. Con ella se subordinan a un lugar menos pertinente los esquemas de la retórica y los estudios del estilo. En *Anteparaíso*, la lógica del discurso fundada en las reglas de comportamiento comunicativo de los interlocutores exige la actividad inferencial, la que actualiza el sentido del texto al implicarlo o presuponerlo desde el status formal de las marcas textuales. Pero, no basta con describir las formas a nivel de la superficie textual, porque las implicaciones no son constatables como hechos dados, sino como hechos deducidos por la lectura que recorre el texto como si fuera un espacio móvil y apenas provisionario. Sin embargo, la actividad de recepción consigue reconstruir un emplazamiento constituido por posiciones cambiantes, opuestas o simultáneas, pero perfectamente identificables en su polidimensionalidad. Las diversas posiciones del sujeto construyen una dinámica significativa que podríamos llamar con Umberto Eco, estrategia textual. Pero, si preferimos otro término con resonancias fundacionales, podemos pensar en el texto como un convenio que marca los hitos de un comportamiento

efectivo que en mí se produce; en cambio, el cilindro geométrico en que pienso es un objeto irreal. Las ideas son, pues, realidades subjetivas que contienen objetos virtuales, todo un mundo de nuestra especie, distinto del que los ojos nos transmiten y que maravillosamente emerge de los senos psíquicos". p. 205, Revista de Occidente, El arquero, 1970.

regido por reglas significantes tales, que permiten su autosustentación incluso más allá de los límites del texto cerrado. Y no olvidar que el texto surge como una respuesta a las interpelaciones de un discurso ajeno, y como tal, adopta la forma de un compromiso que, desde la perspectiva de la producción, define y sitúa al sujeto, junto con servir de acotación al margen de lo representado. Acotar al margen es un gesto que se *hace*, y que señala cómo debe entenderse o imaginarse lo representado. De prescindir de ese gesto desconoceríamos la especificidad estética y significativa, y con ella toda la opacidad, consistencia y creatividad del discurso de *Anteparáiso*.

Noviembre de 1984